

Vienes despacio, casi titubeando, con una sombra de culpa y al mismo tiempo firme. Me coges en brazos, me besas y me llevas a la cama. Me desnudas decidido y te miro como si fuera una especie de víctima voluntaria. Tengo lágrimas en los ojos cuando te digo: Nadie te amará como yo. Me dejas desnudo en la cama y me dices: Espera. Tardas en regresar. Vuelves desnudo, con un cuchillo largo en la mano. Te sientas sobre mi vientre y me miras. Ni siquiera me estremezco cuando empiezas a recorrer mi cuerpo con el filo. Trazas un corte en mi pecho, escuece. Espera, dices. De vez en cuando me resbala una lágrima y cruza mi oreja. Cambias de postura y te pones encima de mi miembro, y te lo metes. Cortas otra vez. Me duele, me duele muchísimo. Espera, dices. Te mueves hacia arriba y hacia abajo, siempre con el cuchillo en la mano, tus dedos me restriegan la sangre en la piel. Bajas la cabeza para acercarte, aprietas el filo contra mi garganta, besas mis heridas, saboreas mi sangre. Duele, digo. Espera, dices. Te abrazo y aprieto mis labios contra tu boca ensangrentada. Me corro. El semen se mezcla con la sangre y te abrazo con fuerza hasta que el filo presiona aún más mi garganta. Duele, digo, pero sigue, es tan hermoso.

Descansas tu cabeza sobre mi pecho, yo acaricio tu pelo con suavidad, tú escuchas mis resuellos. Veo campos extensos y blancos, veo nuevas heridas, susurro tu nombre.